

# GABRIEL MARCEL INAUGURA EL CURSO DEL ATENEO DE MADRID

**C**ON una conferencia sobre «El filósofo ante nuestro tiempo», del escritor francés Gabriel Marcel, se inauguró el curso del Ateneo de Madrid el día 13 de noviembre. El acto estuvo presidido por el Presidente de la docta Casa, don Pedro Rocamora, que ostentaba la representación del Ministro de Educación Nacional, señor Ibáñez Martín.

El señor Rocamora pronunció, en francés, unas palabras de presentación del ilustre representante del existencialismo católico, que ocupaba por primera vez la tribuna del Ateneo.

Dichas palabras fueron las siguientes:

España, hogar milenario de la civilización cristiana, no podía dejar pasar de largo al representante más eminente del pensamiento católico moderno en Francia. España, en que el cristianismo nunca fué una costumbre, sino el fondo mismo de la existencia, vivida duramente y, por consiguiente, de veras, tenía que entenderse con el campeón del existencialismo cristiano.

Las doctrinas de Gabriel Marcel han dado la vuelta al mundo y constituyen la voz de la conciencia de un Occidente que se busca a sí mismo frente a la barbarie materialista bajada del Este.



GABRIEL MARCEL

Gabriel Marcel, presente aquí, es hoy uno de los pensadores más calificados para exponer ante un público, como el español, enamorado de problemas metafísicos, la posición de un filósofo ante los problemas modernos. Demasiado a menudo ha sido atribuido el nombre de filósofo a destructores del alma, herederos de los racionalistas del siglo XVIII, que sembraron el desconcierto en la conciencia moderna. Pero he aquí hoy a un paladín del espíritu cuyo nombre se halla íntimamente asociado a un sistema del que la terminología moderna hizo bandera de desaliento y de nihilismo: el existencialismo. Sin embargo, mucho antes de que apareciesen esos dialécticos de moda que han despojado el vocablo «existencial» de su sentido espiritualista, Gabriel Marcel le había dado ya cartas de nobleza humana. Y eso, en su libro capital, el *Journal métaphysique* y en la maravillosa serie crítica de 1931-1941: *Situation fondamentale et situations limites chez Karl Jaspers, Position et approches concrètes du mystère ontologique, Etre et avoir, Gedanken zu einer konkreten Philosophie, Du Refus à l'invocation, L'être incarné, repère central de la réflexion métaphysique; La Fidélité créatrice, Phénoménologie et dialectique de la tolérance, Grandeur de Bergson*. Gabriel Marcel establece los fundamentos de una doctrina que exige la adhesión del alma a la existencia corporal; él, en efecto, ha sido quien definió la «desespiritualización» del ser como el resultado de cualquier esfuerzo del espíritu que no conduzca al misticismo religioso. Porque él, hombre de fe y de pensamiento cristianos, sabe muy bien que la invención de un existencialismo únicamente materialista, sólo puede ser obra del hombre cuando éste olvida lo que posee de más noblemente humano; obra, en otras palabras, del espíritu del mal. Porque todo cuanto no combate con Dios se alza contra El. Gabriel Marcel ha sabido añadir a este mérito de pensador profundo aquel otro, por desgracia demasiado a menudo ausente, de una belleza de presentación que presta doble eficacia a su doctrina. Gabriel Marcel ha vestido la potencia filosófica de sus conceptos con las seducciones de un estilo literario, denso y rico, que dentro de un momento tendremos ocasión de saborear.

Sabemos, en efecto, que en él la fama del autor dramático iguala a la del pensador abstracto. Y ha sido precisamente gracias al artificio teatral que todo lo que en el pensamiento de Gabriel Marcel por su misma seriedad, habría escapado a la atención del público actual, ha entrado en la conciencia contemporánea, y ha entrado de manera viva, concreta, a menudo dolorosa, como entra en la llaga el instrumento de cirugía; su mensaje ha llegado al fondo de nuestra generación herida, pues nada presta tanta atención como una herida. Los dramas de la conciencia, osados y generosos, que ha llevado a la escena desde hace ocho lustros, han ilustrado dignamente las etapas todas de su producción: *Le Coeur des autres*, *La Grâce*, *Le Regard neuf*, *La Chapelle Ardente*, *Le Dard*, *Le Fanal*, *Le Seuil invisible*, *Le Monde Cassé*, *La Signe de la Croix*, *Un Homme de Dieu*.

Estas obras le aseguran un sitio eminente y muy personal en el amplio cortejo de dramaturgos insignes que honraron a Francia en el curso de los siglos.

Gabriel Marcel va a conquistar vuestros espíritus con la claridad de sus facultades de analista audaz y sereno. Al salir le agradeceréis que os haya convidado a esta fiesta de la inteligencia puesta al servicio de vuestras creencias religiosas. En el terreno de la doctrina, España no es un país de fantasías ligeras, porque nuestra tierra ha recibido la doctrina cristiana como la tierra recibe el grano sustancial de trigo: con hierro, a través del desgarramiento que separa los tejidos superficiales. La historia de la conciencia española no ha sido más, en el fondo, que la de las vicisitudes del grano vivo en lucha existencial con su ambiente.

Parécenos altamente reconfortante que en este mundo moderno en que triunfan las convulsiones de una filosofía de la amargura, de la angustia, de la muerte saboreada de antemano y por sí misma, España reciba a un hombre, escritor de raza cuyo espíritu, maduro ya, traduce su lenguaje de paz y de sosiego con la más apaciguadora de las artes; un hombre, cargado de experiencias, que funda su concepto filosófico de la vida sobre los pilares de la fe, de la esperanza y del amor.

M. Marcel inició su conferencia con la afirmación de que «ante un mundo como el nuestro, desfigurado por el odio, y el miedo, desgarrado por ideologías opuestas, el problema de la vocación y la responsabilidad del filósofo se plantea de una manera especialmente aguda y patética. ¿Cabe admitir, como lo hacen algunos, que el papel del filósofo consiste en apartarse de este mundo condenado por su insensatez? Esta actitud constituiría una verdadera traición: el filósofo no es un místico que puede dedicarse, fuera del bullicio de la vida, a la contemplación de la eternidad. Tiene que reconocer que, a pesar de todo, le une una estrecha solidaridad con nuestro mundo, y no tiene derecho a abandonarlo a su destino.

Esto no significa que el filósofo quede autorizado a opinar sobre temas de actualidad candente que no sean de su incumbencia. En cambio, tiene que tomar una posición con la mayor energía cuando aparecen violados principios eternos, cuando los hombres se ven perseguidos por sus creencias o por pertenecer a determinada raza o clase social. Su propio papel consiste en ejercer su espíritu crítico oponiéndose con todas sus fuerzas a los fanatismos de escritores. El filósofo se encuentra, por consiguiente, en el lugar más expuesto y peligroso, porque suele acontecerle que todos los extremismos se confabulen en contra suya; nuestro mundo rechaza la reflexión, porque la característica del pensamiento reflexivo es ir en sentido contrario y oponerse a las corrientes predominantes, siendo eficaz su acción únicamente en este caso.

Por otra parte, el filósofo corre el peligro de ser una víctima de la misma adhesión del público: se convierte entonces en prisionero del éxito, de la moda de la publicidad.

Terminó diciendo que el filósofo sólo puede cumplir con su deber a fuerza de valor y de humildad.